

Homilía de Monseñor Marcel Lefebvre en la consagración de cuatro obispos

Este 25 de marzo de 2021 se cumplen los 30 años del fallecimiento de Su Excelencia Monseñor Marcel Lefebvre. Deseando rememorar su persona y su obra en pro de la Iglesia, ofrecemos algunos extractos del sermón que pronunció en la consagración de obispos el 30 de junio de 1988: en él brilla el espíritu de Iglesia que siempre animó su ministerio episcopal.

Estamos aquí reunidos para una ceremonia que sin duda pasará a la historia [...], y cuyo significado quiero que ustedes comprendan bien, puesto que se realiza aparentemente contra la voluntad de Roma.

1º Nuestra adhesión a la Roma eterna.

De ningún modo queremos que esta ceremonia represente un cisma. No somos cismáticos. El Papa Pío XII fulminó sentencia de excomunióon contra los obispos de China [consagrados sin mandato pontificio], porque se separaron de Roma y se sometieron al gobierno chino. Mas nosotros de ningún modo queremos apartarnos de Roma para someternos a un poder ajeno a Roma y constituir una especie de Iglesia paralela, como lo hicieron en España los obispos del Palmar de Troya, eligiendo a un Papa que luego nombró a un colegio de cardenales. Lejos de mí, lejos de nosotros, estos miserables pensamientos de alejarse de Roma.

Al contrario, hacemos esta ceremonia para manifestar nuestra adhesión a Roma, a la Iglesia de siempre, al Papa y a todos los que precedieron a estos Papas que, lamentablemente, desde el Concilio Vaticano II, creyeron necesario profesar errores graves que están demoliendo a la Iglesia y destruyendo el sacerdocio católico [...] Necesitamos contar con obispos y sacerdotes católicos, que los ayuden a ustedes a salvar sus almas dándoles la vida de Nuestro Señor Jesucristo por la fe, la doctrina, los Sacramentos y el Santo Sacrificio de la Misa. Sólo por eso estamos haciendo esta ceremonia.

¡Lejos de mí erigirme en Papa! Sólo soy un obispo de la Iglesia católica, que sigue transmitiendo la doctrina: «*Tradidi quod et accepi*», como decía San Pablo. Esto es lo que pienso, y lo que me gustaría que se ponga en mi tumba: «*He transmitido lo que recibí*», así de sencillo. Soy un simple portador, un simple transmisor,

del mensaje y de la doctrina de Dios, de ese Evangelio que Nuestro Señor Jesucristo nos dio, y de los medios para santificarnos: la Santa Misa, la verdadera Misa, y los verdaderos Sacramentos que comunican verdaderamente la vida espiritual.

2º Fidelidad a la doctrina de los Papas.

Me parece oír, mis queridísimos hermanos, la voz de todos estos Papas, desde Gregorio XVI, Pío IX, León XIII, San Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, diciéndome:

«¡Pero por Dios! ¿Qué vas a hacer de nuestras enseñanzas, de nuestra predicación, de la fe católica? ¿La vas a abandonar, y a dejar que desaparezca de esta tierra? ¡Sigue guardando este tesoro que te hemos transmitido! ¡No abandones a los fieles, no abandones a la Iglesia, continúa la Iglesia! Porque desde el Concilio las autoridades romanas han adoptado y profesado lo que nosotros hemos condenado. ¿Cómo es posible? Hemos condenado el liberalismo, el comunismo, el socialismo, el modernismo; pero ahora las autoridades de Roma profesan, adoptan y apoyan todos esos errores. ¿Cómo puede ser? Si no haces algo para continuar esta Tradición de la Iglesia que te hemos transmitido, todo desaparecerá, la Iglesia desaparecerá, y las almas se perderán.»

Nos hallamos en un estado de necesidad. He hecho todo lo posible para que Roma entienda que debe volver a esta actitud de todos sus predecesores. Varias veces he escrito, hablado, enviado cartas, ido a Roma; por todos los medios he intentado hacer entender a Roma que, desde el Concilio, este *aggiornamento*, este cambio que ha tenido lugar en la Iglesia, no es católico; que ese ecumenismo, esa colegialidad, todos esos errores, son contrarios a la fe de la Iglesia, y están demoliendo a la Iglesia.

Por eso estoy convencido de que, al hacer hoy esta consagración, estoy obedeciendo al llamamiento de estos Papas, y por ende al llamamiento de Dios, ya que representan a Nuestro Señor Jesucristo en la Iglesia [...]

3º Necesidad de salvaguardar la Tradición.

Está claro que, si me equivoco, si enseño errores, se me debe hacer volver a la Verdad. Pero ¿cuál es la verdad a la que Roma quiere hacerme volver, sino la verdad del Vaticano II, la verdad de la Iglesia conciliar? Pues para el Vaticano la única verdad que existe hoy es la verdad conciliar, el *«espíritu del Concilio»*, el espíritu de Asís. En las actuales autoridades romanas observamos esa firme voluntad de destruir la Tradición y de hacer que todos acepten y vuelvan a este espíritu del Vaticano II y a este espíritu de Asís. Y esto no lo podemos aceptar por nada del mundo [...]

Por eso le envié una carta al Papa diciéndole muy claramente: *«Dado este espíritu que ahora reina en Roma y que quieren que yo acepte, prefiero continuar en la Tradición y mantener la Tradición, y esperar mientras tanto el tiempo en que esta Tradición volverá a encontrar su lugar en Roma, en el espíritu de las autoridades romanas».*

Esta situación durará lo que Dios quiera. No me toca a mí saber cuándo la Tradición recuperará sus derechos en Roma. Pero sí creo que es mi deber proporcionar los medios para realizar lo que llamaría «operación de supervivencia» de la Tradición. El día de hoy es la operación de supervivencia; mientras que, si yo hubiera continuado los acuerdos con Roma que firmé, y los hubiera llevado a la práctica, habría hecho la «operación suicidio».

No hay elección. Debemos sobrevivir, y por eso hoy, al consagrar a estos obispos, estoy convencido de seguir manteniendo viva la Tradición, es decir, la Iglesia Católica.

4º Necesidad de contar con obispos católicos.

Ustedes saben muy bien, queridos hermanos, que no puede haber sacerdotes sin obispos. Todos estos seminaristas que están aquí, cuando Dios me llame –y sin duda no tardará mucho–, ¿de quién recibirán el Sacramento del Orden? ¿De los obispos conciliares, cuyos sacramentos son todos dudosos, porque no sabemos exactamente cuáles son sus intenciones? No es posible.

Ahora bien, ¿quiénes son los obispos que realmente han conservado la Tradición, y los Sacramentos tal como la Iglesia los ha dispensado durante veinte siglos, hasta el Concilio Vaticano II? Pues bien, sólo Monseñor Antonio de Castro Mayer y yo. Nos guste o no, ha sido así.

Y esta es la razón por la que todos estos seminaristas confiaron en mí. Sentían que aquí estaba la continuidad de la Iglesia, la continuidad de la Tradición; y por eso vinieron a nuestros seminarios, a pesar de las dificultades con que se toparon, para recibir una verdadera ordenación sacerdotal y poder ofrecer el verdadero Sacrificio del Calvario, el verdadero Sacrificio de la Misa, y dispensar los verdaderos Sacramentos y la verdadera doctrina, el verdadero catecismo. Este es el propósito de estos seminarios.

Por eso, en conciencia, no puedo dejar huérfanos a estos seminaristas, ni puedo dejarlos huérfanos a ustedes, desapareciendo sin hacer nada para el futuro. Sería contrario a mi deber. Y así, con la gracia de Dios, he elegido para obispos a aquellos sacerdotes de nuestra Fraternidad que me parecieron los más idóneos, y que a su vez se encuentran en los lugares y funciones que les permiten cumplir con mayor facilidad su ministerio episcopal de conferir la confirmación a sus hijos y realizar las ordenaciones en nuestros diversos seminarios. De este modo habré asegurado los medios para que la Tradición continúe, y para que los católicos puedan permanecer en la Iglesia de sus padres, de sus abuelos, de sus antepasados [...]

5º Anuncio profético de la actual situación de la Iglesia.

Volvámonos hacia la Virgen María. Ustedes saben bien, mis queridísimos hermanos, que León XIII tuvo una visión profética en la que vio –y lo dejó consignado en el exorcismo que luego mandó componer– que un día la sede de Pedro sería la sede de la iniquidad. ¿Es hoy? ¿Será mañana? No lo sé. Pero, en todo caso, ha sido

anunciado. El error ya es una iniquidad: y dejar de profesar la fe católica, la fe de siempre, es la mayor de las iniquidades. Y creo poder decir que nunca ha habido en la Iglesia una mayor iniquidad que esa jornada de Asís, contraria al primer mandamiento de Dios y al primer artículo del Credo. Es increíble que una cosa así haya podido suceder en la Iglesia, ante los ojos de toda la Iglesia humillada [...]

Y no sólo el Papa León XIII profetizó estas cosas, sino Nuestra Señora. Poco después del Concilio de Trento, la Virgen se apareció a una religiosa de Quito, capital de Ecuador [...] Son las apariciones de Nuestra Señora del Buen Suceso, reconocidas por las autoridades eclesiásticas y por Roma, ya que se construyó una magnífica iglesia dedicada a la Virgen. Pues bien, la Santísima Virgen le dijo a esta monja [...] explícitamente:

«Durante el siglo XIX y la mayor parte del siglo XX, los errores se extenderán cada vez con más fuerza en la Santa Iglesia. Pondrán a la Iglesia en una situación catastrófica, la moral se corromperá y la fe desaparecerá» [...]

Luego habla de un prelado que se opondrá absolutamente a esta ola de apostasía e impiedad, conservando el sacerdocio y formando buenos sacerdotes. Hagan la aplicación que quieran, pero yo mismo quedé asombrado: todo eso está impreso, y registrado en los archivos de esta aparición.

También conocen ustedes las apariciones de La Salette, en que Nuestra Señora dice que Roma perderá la fe, y que la Iglesia será eclipsada [...]

Por fin, y más cerca de nosotros, está el tercer secreto de Fátima, que hace sin duda alusiones a esta oscuridad que ha invadido a Roma y al mundo desde el Concilio. Tal vez por ello el Papa Juan XXIII consideró oportuno no publicar el secreto, dado que habría tenido que cambiar radicalmente las orientaciones que empezaba a tomar en vistas al Concilio y para el Concilio.

Conclusión.

Me confío a la divina Providencia. Estoy convencido de que Dios sabe lo que hace. Cuando el cardenal Gagnon nos hizo una visita de parte de Roma, catorce años después de ser yo declarado *suspendido a divinis*, reconoció que lo que estamos haciendo es sin lugar a dudas lo que hay que hacer para reconstruir de nuevo la Iglesia [...] Así que hicimos bien en resistir. Y estoy seguro de que hoy nos hallamos en las mismas circunstancias [...] Por este motivo, todas las acusaciones que me dirigen, y todas las penas con que me amenazan, las considero plenamente nulas, y como tales las ignoro.

Un día, tal vez en algunos años –sólo Dios sabe–, la Tradición recuperará sus derechos en Roma, y las autoridades romanas nos agradecerán haber mantenido la fe en los seminarios, en las familias, en nuestros conventos, en nuestros países, para mayor gloria de Dios y salvación de las almas.